



ROMANCE TRAGICO

DE FRANCISCO DIAZ.

Refiérense los heróicos hechos y grandes hazañas de este valeroso é intrépido mancebo, natural de Jerez de la Frontera; y como estando para robar la ermita de la sagrada Virgen de Guadetoca, se le apareció nuestra Señora en traje de pastora y le reprendió su mala vida, por cuyo medió logró su conversion y un buen fin; con lo demas que verá el curioso lector.



PRIMERA PARTE.

Escucha, Agustín Florencio,
con atención sosegada:
pues me han dicho de tu vida
las soberbias arrogancias,

te contaré de la mia,
por haber sido arrestada,
para que de mi valor
se publiquen las hazañas.

En Jerez de la Frontera,
 ínclita ciudad de España,
 nací para ser asombro
 de toda aquesta comarca.
 Francisco Diaz me llamo,
 pero en lo comun me aclaman
 Oliveros, por ser yo
 qual Oliveros de España.
 Criéme con gran soberbia,
 tanto que todos temblaban
 solo con nombrarme á mí,
 porque á todos maltrataba.
 A los quince años que tuve,
 con dos muchachos estaba
 en una huerta jugando,
 y empezamos á pedradas;
 pero arrimándome yo,
 á uno le dí una pedrada
 que le deshice el sentido,
 y sacando una navaja,
 la cabeza le corté
 y la colgué de una rama;
 el otro se escapó huyendo,
 que si no, tambien llevara.
 Viendo mi padre el delito,
 me retiró de mi casa,
 al puerto me pasó entonces,
 y luego al punto me embarca.
 Pasé á la ciudad de Cádiz,
 y en ella me paseaba.
 A un montañés, en la pila
 que está en medio de la plaza,
 porque le pedí enfadado
 me diese un vaso de agua
 y me la negó, en la boca
 le dí tan gran bofetada,
 que le derribé las muelas,
 en cuya ocasion me agarran
 dos ministros por detrás,
 á la cárcel me llevaban

y un capitan me quitó;
 mas despues que suelto estaba,
 con un rejon á un ministro
 lo partí por las espaldas.
 Me metí en San Juan de Dios,
 donde estuve una semana:
 pasé desde allí á Sanlúcar,
 y despues volví á mi casa,
 y teniendo veinte años,
 dispuse de tomar plaza,
 porque mi estrella me dicta
 que le sirva al Rey de España.
 A Portugal dí la vuelta,
 hice la primer campaña;
 de mi valor y mi esfuerzo
 dando pruebas señaladas.
 Luego me pasé á Valencia,
 sirviendo á nuestro Monarca,
 donde me encontré contigo
 en la batalla de Almansa,
 en la cual se definió
 el derecho con las armas.
 Bien sabes de que reñimos,
 siendo una dama la causa,
 que en público galanteo
 cada cual solicitaba.
 Luego quedamos amigos,
 porque nuestros camaradas
 hicieron las amistades,
 quedando entonces tan alta
 nuestra amistad, que pasamos,
 dando triunfo á nuestra fama,
 al campo de Zaragoza,
 en donde sentamos plaza
 de Migueletes, por ser
 insigne nuestra arrogancia.
 Luego despues los dos juntos
 hicimos la retirada
 á los montes de Alventosa,
 y allá en la sierra de Espada,

nos mantuvimos un año
 con vida tan desatada,
 que hicimos mas de cien muertes,
 forzamos treinta casadas,
 con otras tantas doncellas,
 con lo demas que se calla.
 Ya enfadados de esta vida,
 de estos delitos y causas,
 nos pasamos á Teruel,
 donde con dos camaradas
 encontramos, y al instante
 vinieron en mi compañía.
 Al Corregidor un dia,
 solo por una palabra,
 le sacudí, bien lo sabes,
 con una escopeta larga,
 y al punto nos retiramos
 otra vez á la montaña.
 Una noche que el silencio
 á todos lugar les daba,
 vinieron con treinta hombres,
 y quitándonos las armas,
 llevándonos á Teruel,
 en la cárcel nos encajan;
 y al cabo de algunos dias,
 prevenidos de una escala,
 de la cárcel nos salimos
 con presteza acelerada,
 y por ciertas diferencias
 deshicimos la compañía.
 Pasaste á la Andalucía,
 y yo en Valencia quedaba,
 donde otra vez me prendieron
 por una pequeña causa.
 Su excelencia el General,
 viendo que no declaraba
 delitos algunos graves,
 dispuso que me soltaran.
 Pasé á la ciudad de Murcia,
 y estando un dia en la plaza,

un golilla desatento
 le dió una cruel bofetada
 á una muger, y yo entonces
 arrancando una mojarra,
 lo agarré por los gañotes,
 y le dí dos puñaladas.
 Desde alli pasé á Jaen,
 en donde por otra dama
 dí la muerte á un capitán
 porque la galanteaba.
 En Granada á un alguacil
 le quité tambien la vara,
 en un zaguan lo metí,
 y le dí dos mil patadas.
 En Antequera á un bizarro
 le quité tambien la tapa
 de los sesos, porque quiso
 conmigo arrancar su espada;
 á Málaga pasé entonces,
 y un dia en las tarazanas
 un gancho se arrimó á mí
 queriendo sentára plaza,
 mas yo con un rejonazo
 hícele que se mudára.
 En Córdoba á un Veinticuatro,
 que por junto á mí pasaba,
 y no me quité el sombrero,
 mandó que me lo quitára;
 lo agarré por los cabellos
 y lo zambullí en el agua.
 En Ronda un señor ministro,
 pasando yo por la plaza,
 sobre quererme prender,
 le dí tan fuerte estocada,
 que redondo vino al suelo,
 sin decir Jesus me valga.
 Pasé á Tarifa, y sabiendo
 que un sugeto que estimaba,
 sobre cierta diferencia
 que tuvo por una carga

de tabaco y de cacao,
 que á Málaga la llevaba,
 preso estaba por mandado
 de la justicia ordinaria.
 Fui á media noche á la cárcel,
 y con la voz demudada
 dije que al Corregidor
 abrieran, porque esperaba.
 Supliquéle al carcelero,
 que las llaves me entregára,
 ó que me diese á mi amigo,
 y que si se dilatava
 lo haria dos mil pedazos
 al incendio de dos balas;
 pero cortesauamente,
 mas de fuerza que de gana,
 abrió un mustio calabozo,
 y sacándolo á la cuadra,
 los grillos y la cadena
 le quitó con vigilancia;
 pero al salir por la puerta,
 la justicia que llegaba,
 y preguntando quién va?
 fue la respuesta algo estraña,
 que al que preguntó, le dí,
 para que no preguntára,
 en la cara un sepan cuantos,
 que se la dejé cruzada.
 Los ministros nos rodean,
 pero abriendo con dos balas
 una puerta, nos salimos,
 sin que alguno lo estorbára;
 fuimos á tomar sagrado,
 y antes que rompiera el alva
 salimos de la ciudad,
 y en una quinta cercana
 estuvimos, y á la noche
 entré en Tarifa, y fui á casa
 del Corregidor, y apenas
 llegué ya lo hallé en la cama.

Escusáronle con esto,
 y yo con mucha arrogancia
 porfiando en que saliera,
 conseguí al fin mi demanda.
 Le supliqué que me diese
 el caballo con la carga:
 y habiéndolo conseguido,
 aun hice que me ayudára.
 Fui y se la entregué á mi amigo
 que de contento lloraba,
 por ver su pobreza ya
 de entre gatos rescatada.
 Despedíme, y fuese al punto,
 y yo tomando la marcha,
 entré en la villa de Olvera,
 y á un hornero, con la pala
 con que sacan pan del horno,
 porque me echó una arrogancia,
 le dí entre oreja y oreja,
 que lo dejé en la estacada.
 De Olvera salí al instante,
 llegué á Jerez que es mi patria,
 hallé difunto á mi padre,
 supe que mi madre estaba
 en la gran ciudad de Cádiz;
 pasé al instante á buscarla,
 llegué á Cádiz y la hallé
 muger mayor y postrada.
 Busqué modo de vivir
 para haber de alimentarla,
 y por estar mas seguro,
 quise otra vez tomar plaza;
 y en este tiempo una orden
 del gran Felipe de España
 mandó que mi regimiento
 al sitio de Ceuta vaya.
 Embarquéme muy contento,
 por saber que en Ceuta estabas:
 y ahora, amigo Florenció,
 que estamos en esta plaza,

temidos de toda Ceuta,
 las fronteras africanas
 hemos de asombrar nosotros,
 al valor de nuestras armas.

Y aqui el humilde poeta
 al noble auditorio encarga,
 que oiga la segunda parte,
 y en esta supla las faltas.

SEGUNDA PARTE.

Supuesto, noble auditorio,
 que dije en la primer plana,
 que en esta remataria
 lo que en la otra faltaba,
 ya es fuerza que mi discurso
 explique lo que ahora falta.
 El año de setecientos
 y diez por cuenta ajustada,
 Francisco Diaz salió
 con bizarría estremada
 de la gran plaza de Ceuta
 en un barco que pasaba
 para la ciudad de Cádiz,
 y así que llegó á la playa,
 buscó al punto compañeros,
 para que le acompañaran.
 Hallólos y fuese al puerto,
 volvió á su vida pasada,
 haciendo mil desatinos
 sin mirar de Dios la espada
 de su justicia, que siempre
 á los malos amenaza.
 Pasóse á la Estremadura,
 y corrió toda la Mancha:
 una noche entró en Toledo,
 y el convento de Descalzas
 de la Trinidad bendita
 robó, llevando la plata,
 el oro y los ornamentos,
 que en la sacristía estaban:

mataron al Sacristan
 porque muchas voces daba.
 La justicia en este tiempo,
 que con cuidado rondaba,
 acudió, pero fue en vano,
 que en los caballos volaban.
 Salen en su seguimiento,
 y en una espesa montaña
 se ocultaron, hasta que todo
 el estruendo se acabára.
 Y así que vino la noche,
 pasaron á Salamanca,
 y al Corregidor mataron,
 é hirieron cinco guardas.
 Fueron á Cantalapedra,
 y desde allí á Peñaranda,
 y por faltarles dinero,
 entraron en Casablanca,
 (que es un lugar muy pequeño)
 un domingo de mañana,
 que toda la gente dentro
 de la iglesia en misa estaba,
 adonde Francisco Diaz
 á dos de los suyos manda,
 que á la puerta de la iglesia
 se pongan, y con las armas
 no dejen salir á nadie,
 hasta que les avisára.
 Robaron todó el lugar,
 sin que nadie se escapára,

mataron á un pobre viejo,
y á dos niños porque estaban
en su casa, y no quisieron
darles la llave del arca.

Y al instante que acabaron,
dejan la iglesia cerrada,
y á toda la gente dentro,
porque no los acosáran.

Dieron la vuelta á Trujillo,
para que no los halláran,
donde estuvieron tres meses,
sin que cuidasen de nada.

Y el señor Corregidor
estando un dia en la plaza
escuchando y confiriendo
los negocios de importancia
con el alcalde mayor,

y viendo los que pasaban
metidos en sus monteras,
con sus coletos y charpas,
llamó á Francisco y le dijo,
que qué oficio egercitaba,
ó en qué se entretenia?

Y con una risa falsa
respondió con un trabuco,
sin hablar una palabra;
por el pecho cinco postas
al Corregidor encaja.

Alborotóse Trujillo,
y los vecinos con armas
todos salen á la calle,
á unos hieren, á otros matan,
tocándose prontamente
á rebato las campanas.

Se armó tan grande refriega
que era otra Troya abrasada.

Como un leon desatado
Francisco Diaz andaba:
mataron tres de los suyos,
y con tres que le quedaban,

cincuenta y dos muertes hizo,
y con cinco puñaladas
y un balazo por el muslo,
se retiró á una montaña,
y asi que vino la noche,
en una aldea se amparan.
Se curaron de secreto,
y asi que sanos estaban,
fueron á Sierra-Morena,
donde cada dia andaban
haciendo mil desatinos,
los pasajeros robaban
sin dar cuartel á ninguno,
porque á todos muerte daban,
teniendo en Guadalcanal
la casa donde posaban.
Un dia que sin dinero
Francisco Diaz se hallaba,
se arrojó en casa del Cura,
y de esta suerte le habla:
Padre Cura, usted sabrá,
que la venida á su casa
no ha sido solo por verlo,
que á verlo fuera escusada;
sino solo por decirle,
que sin replicar palabra,
me dé cincuenta doblones,
porque es cierto que se hallan
tan pobres mis faldriqueras,
que andan las pobres pegadas.
Se los dió y salióse fuera,
y porque la campanada
corrió por todo el lugar,
se fue á la villa de Zafra.
Se acabó todo el dinero
en menos de una semana,
y asi que falto se vido,
ha dicho á sus camaradas:
ya el dinero se acabó,
y hasta que comer nos falta;

dispongamos esta noche
 entre todos una traza
 con que se busque dinero.
 Y uno de ellos asi habla:
 de aqui á no mucho distrito
 está una ermita que llaman
 la Virgen de Guadetoca,
 con riqueza soberana,
 que por sus muchos milagros
 vienen de tierras estrañas
 á promesas, y le traen;
 mucho oro y mucha plata;
 y en Mayo todos los años,
 el primer dia de Pascua
 de Espiritu Santo, hacen
 feria; donde todos pagan;
 iremos allá esta noche
 y robaremos las arcas.
 Respondió Francisco Diaz,
 que no hablase mas palabra,
 que de escuchar sus razones
 el corazon le temblaba,
 por haber sido devoto
 de la Virgen soberana
 desde su tierna niñez,
 que tal cosa no intentára.
 Pero replicaron todos,
 que el que ya perdido estaba,
 qué tenia que esperar
 de Dios y su Madre santa?
 Y del demonio inducido,
 con estas locas palabras,
 les dijo á sus compañeros:
 no nos dilatemos nada.
 Montaron en los caballos,
 y en una espesa montaña
 recostáronse hasta que
 la oscura noche llegára;
 todos quedaron dormidos,
 que el sueño los avasalla.

O Virgen pura y bendita,
 María llena de gracia,
 refugio de pecadores,
 consuelo de nuestras almas!
 No permitió esta Señora
 que su intento egecutára,
 pues la santísima Virgen
 con Jesus su Hijo alcanza,
 que diese á Francisco Diaz
 un acuerdo: y disfrazada
 en hábito de pastora,
 llegó donde ellos estaban;
 llamó á Francisco y le dijo:
 levanta al punto, levanta,
 y deja tus compañeros,
 y vete á mi santa casa,
 que está una legua de aqui,
 que un Sacerdote te aguarda.
 Confiesa alli tus pecados,
 porque tu vida se acaba:
 haz penitencias y ayunos
 que tus culpas satisfagan,
 que está enojado mi Hijo,
 y su rigor te amenaza;
 yo he sido la intercesora,
 quien te defiende y te aguarda.
 Desapareció la Virgen,
 y Francisco se levanta
 todo lleno de temor,
 su bizarría acabada,
 su valentía deshecha,
 su braveza mitigada,
 y su corazon partido
 de dolor que se le arranca.
 Dejando á sus compañeros,
 dejó el caballo y las armas,
 y por medio de los montes
 fue siguiendo las pisadas
 de la santísima Virgen,
 y asi que llegó á su casa,

vido estar un Religioso
 que de camino pasaba.
 Al punto se echó á sus pies,
 con mas llanto que palabras:
 confesó generalmente
 toda su vida inhumana,
 con tanto arrepentimiento,
 y lágrimas tan amargas,
 que al mas duro corazon
 enternecieran sus ansias.
 Pegada en tierra la boca,
 decía aquestas palabras:
 ó serenísima Virgen,
 purísima, inmaculada,
 Madre de Jesus, bien nuestro,
 paloma pura y sin mancha;
 Emperatriz de los cielos,
 de todo el mundo abogada,
 no mireis mi atrevimiento,
 ni repareis mi ignorancia;
 rogad á Jesus bendito,
 que mire por esta alma,
 pues que derramó su sangre,
 solamente por salvarla:

no permita que se pierda,
 por su pasion sacrosanta.
 Y acabando estas razones
 todas sus ropas rasgaba,
 y buscando un sayal tosco
 y una imágen soberana
 de Cristo crucificado,
 se metió por la montaña,
 sin que saberse pudiera
 en un año donde estaba.
 A veinte y cuatro de Junio,
 sábado por la mañana,
 año de mil setecientos
 y trece, cual se declara,
 le hallaron en una cueva
 difunto, dando su cara
 muestras de su salvacion,
 por tan hermosa que estaba.
 Sus compañeros sabiendo
 todo lo que le pasaba,
 se acogen á nueva vida,
 dejando la que llevaban,
 para poder á su egemplo
 volar á la eterna patria.

FIN.

VALENCIA.



*Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24, donde se
 hallará con otros diferentes; Comedias antiguas y modernas, Sainetes,
 Coplas, y un gran surtido de papeles sueltos.*